

IMÁGENES MALAS SIEMPRE

U N A D E F E N S A D E L A F A L L A Y E L D E S C O N T R O L

Un hombre desnudo se mueve en una habitación vacía. No hay nadie más ahí, pero es observado. Su celular lo apunta, cámara encendida, micrófono abierto. Una voz le invita a hacer lo que quiera, una voz le da instrucciones, una voz le dice que si quiere atiende a quien toca la puerta, que pueden retomar el encuentro después. El hombre abre sin cortar la videollamada y el que entra es un perro. Lo presenta: *Atom*, me echa de menos. La sesión continua con él ahí. Dos cuerpos expuestos en una bodega desocupada en *Macul*, registrados en tiempo real por una cámara que fotografía la pantalla de un computador en un dormitorio estrecho en *Maipú, Santiago, Chile*.

La imagen que queda es inquietante. EJERCICIO N°73, un perro le ladra a un cuerpo humano suspendido en el aire, flotando a centímetros del piso con su pecho y cabeza fuera de cuadro. Podría estar saltando, podría estar cayendo, podría estar colgado. Podría no tener cabeza. La imagen además es inesperada, no solo porque *Atom* se sumó sin estar invitado. Su humano tampoco pasó por un proceso de selección para estar ahí. Ni *Carlos del Carmen*, el artista que lo retrató, sabía en qué lugar estaría, con qué luz, ni qué cámara usaría al

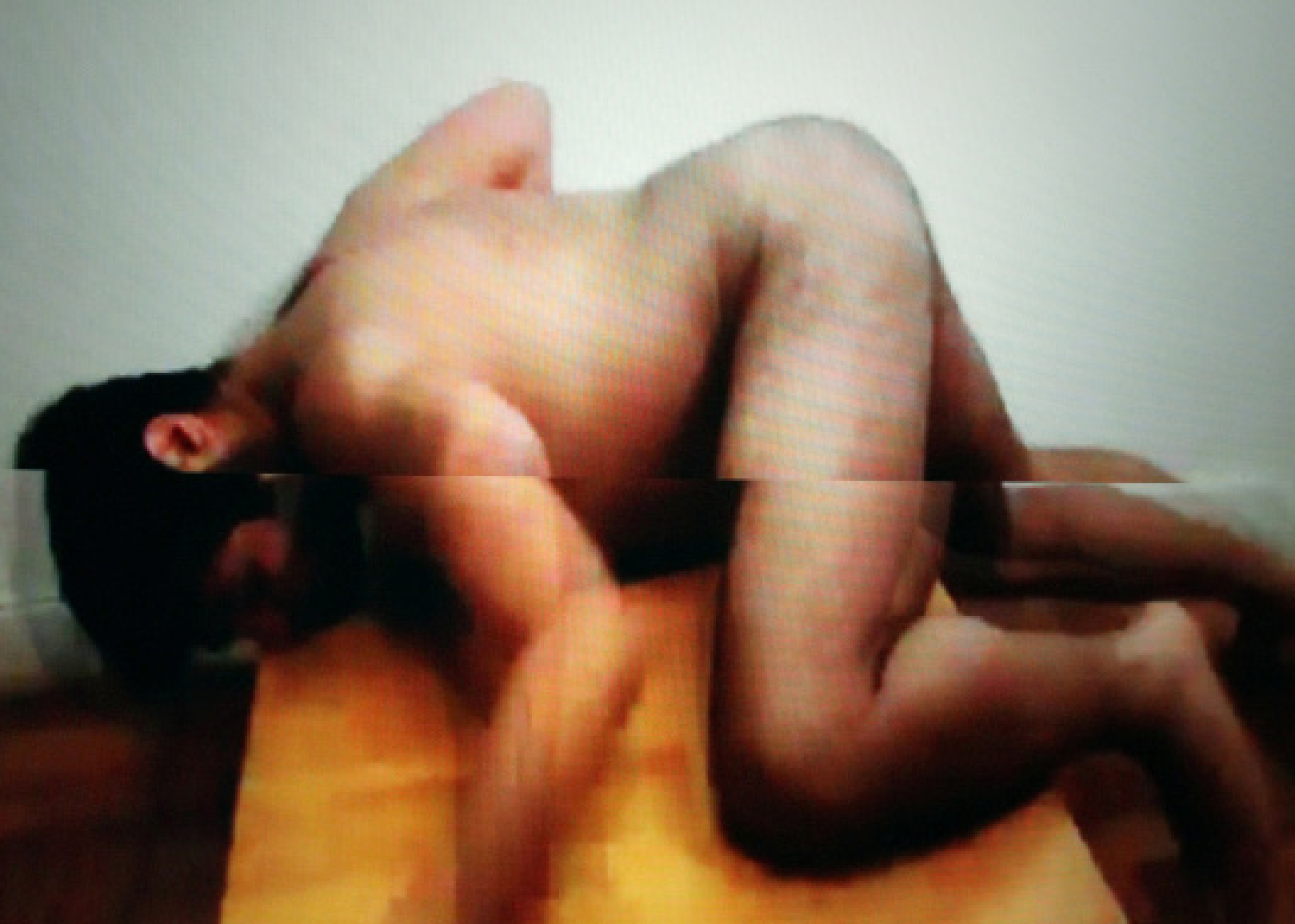
por **Estefanía Etcheverría**
Periodista, creadora de textos y objetos



conectarse. ¿Qué control tiene un artista que no elige su modelo, que no elige su locación, que tiene que someterse a una cámara y conexión desconocida, a un encuadre que queda en manos de otra persona? ¿Qué autoría hay sin ese control? Invocar el descontrol es rebelión cuando todo está normado. “Para ver funcionar las disciplinas perfectas, los gobernantes soñaban con el estado de peste”, planteaba el filósofo *Michel Foucault* en su libro *Vigilar y castigar*. Durante la pandemia en Chile, se reguló desde cuántas veces se podía salir, en qué horario, por cuánto tiempo, de qué manera y con qué destino; hasta la forma en que los muertos debían ser enterrados y quiénes podían ir a despedirlos. La pandemia trazó una retícula que pretendió normar todos los flujos y controlar todos los cuerpos, vivos y muertos. En ese contexto, en EJERCICIOS PARA EL FIN DEL MUNDO (EPEFDM) el descontrol es una decisión autoral, que atraviesa tanto las convocatorias, como las sesiones e incluso su exhibición. Las personas que participaron en el proyecto no fueron seleccionadas, simplemente respondieron a una invitación abierta por *Instagram* que pedía pocos requisitos: ser mayor de edad, disponer de un lugar cómodo por una hora,

poder realizar una videollamada y aparecer en el horario acordado. Por supuesto esto excluye a las personas más excluidas en pandemia, quienes no tenían conexión a internet o un espacio propio. Pero *Carlos del Carmen* no elegía ni sabía quién era su modelo, cuál sería el lugar cómodo ni cuán estable sería su conexión a internet.

Las sesiones ocurrían de noche. Durante la primera parte, la persona retratada era invitada a hacer lo que quisiera, algo que le gustara. Bailar, leer, orinar, cualquier acción, sin limitaciones. En un segundo momento quienes participaban sí recibían instrucciones del artista, las que a veces no podían seguir. “De repente les pedía que se pusieran de cabeza o dieran una vuelta carnero, cosas físicas que no podían hacer. O que cambiaran la posición de la cámara, pero no siempre podían porque tenían un computador estacionario o porque si lo movían se desconectaba”, cuenta *Carlos del Carmen*. Las imágenes seleccionadas provienen de ambas estrategias, la voluntaria y la dirigida, y se exhiben en un sitio web que es imposible explorar ordenadamente. Las fotos aparecen y desaparecen de forma aleatoria, incontrolable. Al revisarlo ni siquiera se puede



tener certeza de cuántas son. Decirle a un cuerpo que haga lo que quiera tiene una connotación diferente en pandemia, donde la ilusión de autocontrol se hizo pedazos con la limitación a la libertad corporal de moverse, mostrarse y relacionarse. ¿Cómo se mueve un cuerpo forzado a estar bajo un freno y un ojo ajeno constante? Estos cuerpos útiles, obligados a ser sumisos aislándose para mantener la salud colectiva y forzados a sobrevivir en esas condiciones rascándose con sus propias uñas, realizan acá acciones de dudosa utilidad. No están en un curso por Zoom ni amasando pan, están mayoritariamente en posturas inquietantes realizando acciones confusas, capturados en fotos pensadas para acumularse en la web.

Las personas retratadas están en su mayoría desnudas y solas. Sin ropa en lugares despojados es difícil reconocer en qué estación del año están, qué recursos tienen, qué les gusta usar. Son cuerpos libres de señas que permitan identificarlos. Ese anonimato que iguala se opone a la imposición pandémica de individualización y a la vez esta acumulación de cuerpos forma una multitud que comparte su desconcierto, soledad y angus-

tia. Es el retrato de una humanidad en crisis. El fin del mundo ha ocurrido muchas veces. El mundo jurásico fue destruido, el del pueblo *selk'nam* fue aniquilado y también el mundo que conocíamos se acabó. El curso supuestamente predecible de la historia es interrumpido, una y otra vez. Nuestro apocalipsis no fue un meteorito ni una masacre armada, fue en el mejor de los casos compartir *memes* en pijama, leyendo cifras aterradoras de miles que morían cada día.

EL PODER DESALIANANTE DE LA INCOMODIDAD

“En la profunda noche oscura del alma las licorerías y los bares están cerrados”, escribía *Lucía Berlín* en su cuento *Inmanejable*. ¿Quién no se ha sentido sola?, ¿quién no ha desesperado al no poder escapar de sí misma?, ¿quién no ha sentido vértigo al asomarse al abismo de lo incierto? Es curioso que la soledad sea un sentimiento tan compartido, que nos hermana. Nadie está tan solo en su soledad, otros al mismo tiempo sienten lo mismo. Compartimos la angustia y el miedo al vivir, al ver

el mundo colapsar. Es ese momento y esa experiencia existencial colectiva lo que retratan los EJERCICIOS PARA EL FIN DEL MUNDO. Emociones que el optimismo hegemónico suele asfixiar por *“el potencial político de los afectos negativos como plataformas posibles desde las cuales transformar la realidad”* y *“el poder desalienante de la incomodidad”*, como plantea el historiador del arte *Nicolás Cuello* en el prólogo de *La promesa de la felicidad*. Centrarse en esos afectos negativos es también una decisión autoral. En palabras de *Carlos del Carmen*: *“No es arteterapia, es triste y oscuro. Es como si fuera un Diógenes de imágenes, un coleccionista de personas”*.

EJERCICIO N°68, un corte divide un cuerpo en dos hemisferios desajustados. EJERCICIO N° 116, la imagen está tan borrosa que es difícil saber si la persona retratada tiene o no tiene brazos. EJERCICIO N°169 una mancha, una gran masa de píxeles. No es un error, estas fotos no son una excepción, acá hay una elección por el pixel, por no ocultar la falla digital, la intermitencia de conexión, la mala resolución. *“A mí me gusta aprender, pero aprender al revés, entonces empecé a trabajar con imágenes malas siempre”*, dice el artista en el video de las sesiones en línea que subió al sitio de EPEFDM.

El gusto por la falla se enfrenta al discurso dominante de la higiene y eficiencia tecnológica, a la *“fantasía de civilización que aspira a que todo funcione al unísono en vistas a construir un universo desprovisto de fallas, indefinidamente dinámico, y perfectamente autorregulado”*, según describe el filósofo *Éric Sadin* en su libro *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*. El mundo virtual fue el único espacio social permitido en pandemia, una invitación a utilizar los aparatos tecnológicos para todo: trabajo, ocio, sexo, terapia, amistad, consumo y más. Un espacio de encuentro inmaterial sin riesgo de contagio. Pero las tecnologías digitales que usamos para disminuir el riesgo, para obtener la mejor respuesta en el menor tiempo posible, para escapar de la angustia de nuestras responsabilidades y reducir los errores, también fallan. Fallan porque la conexión es inestable y la imagen borrosa. Fallan porque el sitio web tiene una hora equivocada. Fallan porque quedaron desactualizadas. Fallan porque están infectadas por virus. Fallan porque son creadas y usadas por seres humanos. Fallan porque tratan de evitar la imperfección fundamental de la existencia y el poder creativo del azar. Este proyecto no evita eso, sino que lo busca y lo integra en su proceso y su resultado, rescatando y valorando lo que otros y otras preferirían ocultar: las fallas del sistema y las sombras de una especie que de vez en cuando se da cuenta que realmente no tiene el control. •

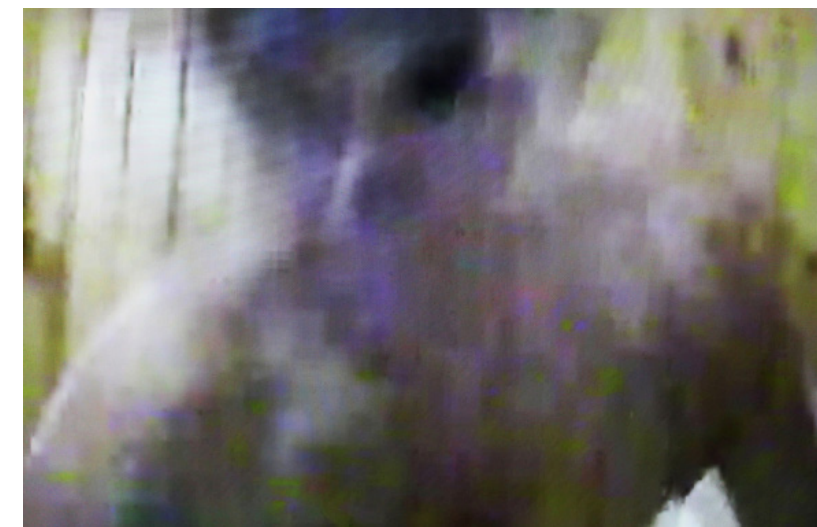
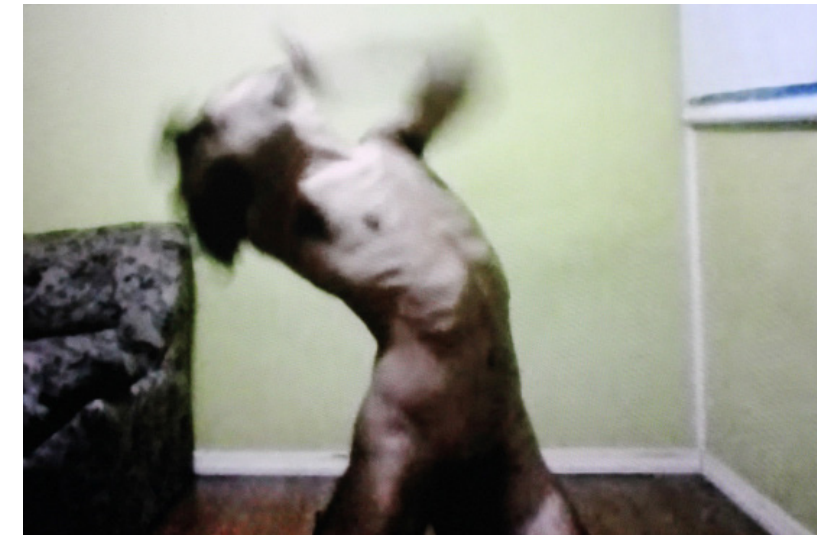


Imagen 1

EJERCICIO N°73

Imagen 2

EJERCICIO N°68

Imagen 3

EJERCICIO N° 116

Imagen 4

EJERCICIO N°169